



A lo largo de los siglos ha habido intentos por vaciar la Cruz de Cristo de su valor salvífico.

Esos esfuerzos ya aparecieron poco tiempo después del nacimiento del cristianismo, y fueron denunciados por san Pablo con palabras llenas de fuerza.

Por un lado, Pablo recordaba que "no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el Evangelio. Y no con palabras sabias, para no desvirtuar la Cruz de Cristo" (*1Cor 1,17*).

Por otro, denunciaba la inutilidad del esfuerzo de los judíos por buscar señales y de los griegos por apoyarse en razonamientos, para recordar que solo hay salvación en la Cruz de Cristo (cf. *1Cor 1,18-24*).

Porque solo hay un camino para acceder al Padre, para vencer el pecado y la muerte: acoger al Señor, Hijo del Padre e Hijo de María.

Ese Cristo es el centro de la predicación de la Iglesia católica, porque no tiene otro mensaje que el recibido de su Maestro y Fundador.

"Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos" (*Hch 4,12*).

Por eso sorprende el intento, que aparece también en nuestros días, de relativizar la acción de Dios en Cristo y de enseñar falsas doctrinas, en las que se indican caminos que no salvan.

En realidad, con la Encarnación, Cristo se ha convertido en el centro del mundo, el Alpha y la Omega de la historia (cf. *Ap 22,13*).

Un día todos los seres humanos mirarán al que traspasaron (cf. *Jn 19,37*), y lo aceptarán con humildad o lo rechazarán con soberbia incomprensible.

Los pobres de espíritu, los sencillos, los pecadores arrepentidos, hacen suyas las

palabras de un centurión junto a la Cruz de nuestro Salvador: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (*Mc* 15,39).

Nosotros queremos unirnos a ellos. Porque sabemos, como multitud de corazones que creen y esperan en Jesús, que solo Él tiene palabras de vida eterna (cf. *Jn* 6,68) y que las ofrece desde la única Cruz que salva...